

REFLEXIONES.

No siendo el Evangelio palabra de hombre sino palabra de Dios, ¡con qué respeto, con qué ansia, con qué docilidad se debe oír, y con qué fidelidad se debe obedecer! No nos le enseñó algún puro hombre; enseñónosle el mismo Jesucristo, hombre Dios: él nos descubrió sus misterios; él nos instruyó menudamente en su moral; él nos explicó su doctrina; él nos intimó sus leyes. ¡Qué error! ¡qué extravagancia forjarse cada cual á su fantasía un nuevo sistema de religion, sin mas consulta que la de nuestra limitadísima razon y nuestro antojo! No nos descubrió el Salvador mas que un solo camino para ir al cielo: locura es presumir entrar en él por otro. Atórméntese cuanto quiera el entendimiento humano para hallar interpretaciones que favorezcan el amor propio: todas sus sutilezas y todos sus artificios solo servirán para echar polvo á los ojos. Nuestra ley es el Evangelio: no hay otra regla de conducta que sus máximas; ninguna clase, ninguna condicion de hombres está exenta de observarlas; ninguna edad está dispensada; á ninguna esfera, á ninguna calidad de gentes se han concedido privilegios contrarios. Siendo, pues, el Evangelio la única regla de nuestra conducta, ¿qué camino llevan aquellos cuya conducta es tan opuesta á las máximas de Jesucristo? pero ¿hay por ventura muchos cuyos dictámenes, cuya conducta y cuyas costumbres sean conformes con estas santas máximas? La concupiscencia es vicio de todas las edades; la inclinacion á los deleites se anticipa al uso de la razon; las pasiones reinan con despotismo y con altivez en todos los estados. Coteja con el Evangelio la profanidad, la delicadeza, la ociosidad y los pasatiempos de las mujeres del mundo: coteja con

esta divina regla la ambicion, la codicia y la poca religion de la mayor parte de los mundanos; coteja con ella la vida imperfecta y sensual de muchos que hacen profesion de devotos. ¡Dios mio, qué desproporcion tan enorme, qué disforme, qué monstruosa contrariedad! En medio de eso, ¡esas mujeres disipadas, esos hombres entregados á sus gustos y esclavos de sus pasiones son de la religion de Jesucristo, esperan el mismo jornal que los obreros mas laboriosos, creen el mismo Evangelio! ¿Puede haber mas vergonzosa contradiccion de fe, de esperanza y de costumbres? Verdaderamente que este es un misterio de iniquidad, pero misterio fácilmente comprensible. A costumbres tan corrompidas corresponde una fe desmayada y casi en la agonía. Si las obras son las fiadoras de la fe, si son la prueba mas concluyente de ella, ¿quién extrañará ya que el error cuente tantos parciales, que la herejía haga tantos progresos, que sea tan corto el número de los escogidos y tan escaso el de los verdaderos fieles de Jesucristo?

El evangelio es del capítulo 10 de san Mateo, y el mismo que el día XI, pág. 207.

MEDITACION.

DE LAS PASIONES.

PUNTO PRIMERO.

Considera que las pasiones son el gran móvil de casi todas las acciones de la vida: son pocos los que no gimen bajo el yugo de su tiranía, y menos los que trabajan por sacudir de sí este yugo. Nacieron en el seno del amor propio, y el mismo amor propio las fomenta. Como son criadas de casa mas antiguas que

la virtud, preocupan la razón, y cuando la voluntad les quiere hacer resistencia, se alborotan contra ella; viven siempre de inteligencia con los sentidos, y tiranizan el alma: todos se quejan de su despotismo, pero al mismo tiempo todos las contemplan: deslumbran con la falsa brillantez de gustos aparentes; pocos dejan de reparar en el lazo; pero apenas uno deja de caer en él, y aun los mismos que desconfían caen en la red atolondradamente. ¡Qué mal hay en el mundo que no nazca de este emponzoñado origen!

Multitud de inquietudes, insaciabilidad de deseos, fondo sin suelo de disgustos: turbación en las familias, guerras en los estados, injusticias, pleitos, querellas, violencias, crímenes enormes, herejías, cismas, parcialidades: todas las calamidades que cubren la tierra de luto y de amargura, todas son fruto de las pasiones. Obra suya es, por decirlo así, el infierno mismo. Aun las pasiones más inocentes dan frutos amargos; y si duran, bastardean. No habría vicios, sino hubiera pasiones; pues un hombre que quiere hacer algún uso de su entendimiento y de su fe, ¿ha de conceder treguas á un enemigo, de quien debe temer todo lo malo, que le ha de ocasionar tantos sinsabores, y que le ha de precipitar en la última desgracia?

La pasión es la que hace la guerra á la inocencia y á la virtud desde el principio del mundo. ¡Cuántos profetas antiguos persiguió! A ella deben su muerte muchos que la padecieron cruel: ella quitó la vida al mismo Jesucristo: esta es la idea más cabal de lo que son las pasiones. La pasión de los escribas, de los sacerdotes y de los fariseos fué la que no quiso reconocer al Mesías en el Salvador; la que le calumnió en los tribunales, y la que le puso en una cruz. Habiendo tratado tan mal al Maestro, no se podía esperar que perdonase á los discípulos: no hubo santo que no

fuese el objeto del odio y del furor de las pasiones; pocos que dejasen de ser víctimas de ellas. Y con todo, este es aquel enemigo de quien se desconfía tan poco; este es aquel á quien se fomenta, se ama, se halaga y se acaricia. Las pasiones nacen con nosotros, crecen con nosotros, y sin debilitarse con la edad, por lo común acaban con nosotros. ¡Gran desgracia si nos acompañan hasta la muerte! Andamos jugueteando con estas bestias feroces; muerden siempre cuando halagan, y no se siente la mordedura. Pero ¿cómo no vemos el daño? ¿cómo es posible que, habiendo tanto tiempo que las pasiones están llenando al mundo de desdichas, no nos apliquemos á destruir las y á aniquilarlas?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que solo con reflexionar un poco más de cerca los funestos efectos de las pasiones, parece se encuentra un remedio eficaz contra ellas mismas. Exterminense las pasiones, ó domense por lo menos, y estará tranquilo, se descubrirá siempre sereno el cielo del corazón. ¿De qué otro principio nacen las tinieblas que se levantan, y no solo le anublan, sino que en alguna manera le quitan toda la luz? Toda pasión ciega; y cuando llega á ser dominante, ella sola es la que aconseja, ella la que guía; ¡pero á qué errores, pero á qué desórdenes, pero á qué precipicios! Santo Dios, ¡cuántos males se siguen de este principio!

Pero entre todos los efectos de las pasiones ninguno más violento, ninguno más funesto, que el espíritu del error. Ellas son la madre de las herejías: no hay más que recorrerlas todas. Hallaríanse las mismas causas y los mismos efectos; la pasión las engendró, la pasión las conservó, y nunca sobreviven á la pasión. El orgullo, la ambición, la envidia, la venganza, la lu-

juría, el interés, el despique: este es el origen de todas las sectas. Por mas que se quiera disfrazar la pasión, por mas que se pretexten otros motivos, por mas que se les quiera suponer otro principio, no hay que cansarse, la pasión dió á luz todas las herejías. En vano se intenta desnaturalizarlas; no pueden desmentir su nacimiento. Aunque no todas nacieron en un mismo tiempo, pero todas nacen debajo de una misma estrella, todas son de un mismo país, todas de un mismo genio. Por eso, todas se parecen en muchas cosas; el mismo fin, el mismo objeto, los mismos artificios y el mismo espíritu. Si la pasión no cegara el entendimiento y el corazón, ¿serían menester otros discursos para que abriesen los ojos los que buscan la verdad? ¡En qué errores no vivía sumergido Saulo, y con qué furor no perseguía á los fieles! Con todo eso, él estaba muy persuadido á que todo aquello era puro zelo por la ley; fué menester un milagro para que conociese su error. ¡Oh, qué dificultosas son las conversiones de esta especie! ¡qué raras! ¡qué infrecuentes! En pasándose cierto tiempo, pocas veces se corrigen las pasiones.

¿Quién excita la desunión y el cisma en las familias? La pasión. Reinaria la amistad y la buena inteligencia entre muchas personas, si se hubiera tenido cuidado de domar con tiempo este enemigo de nuestra quietud y de nuestra salvación. Seria dulce, seria inocente la vida, si fuera menos inmortificada, si desde el principio se hubiese comenzado á luchar contra la pasión hasta vencerla. Toda nuestra aplicación y todo nuestro conato debia dedicarse á oprimir este enemigo doméstico; pero lejos de eso se le halaga, se le fomenta, y nos familiarizamos mas con él cada día.

Dadme, Señor, tan claro y tan vivo conocimiento de la malignidad de las pasiones y de las desdichas que causan, que no cese con vuestra divina gracia de

combatir contra este enemigo mortal de mi eterna salvación. Resuelto estoy á aplicarme á tan necesaria lucha el resto de mi vida, penetrado de un vivo y sincero dolor de haber vivido hasta aquí esclavo de mis pasiones.

JACULATORIAS.

Libera me de sanguinibus Deus, Deus salutis meae, et exultabit lingua mea justitiam tuam. Salm. 50.

¡O Dios! esperanza única de mi salud, librame de las pasiones que me tiranizan, y perpetuamente ensalzaré tus misericordias.

Dirupisti vincula mea, tibi sacrificabo hostiam laudis. Salm. 11.

Espero, Señor, que romperéis los grillos de las pasiones que me tienen aprisionado, y ofreceré en agradecimiento sacrificio de alabanzas á vuestro santo nombre.

PROPOSITOS.

1. Son las pasiones, como se ha dicho, el gran móvil de las acciones humanas ó de la mayor parte de ellas: pocos se libran de su tiranía; son el sepulcro del espíritu y las tiranas del corazón; nacen con nosotros, y desdichado aquel que no sobrevive á ellas. Son tan enemigas de nuestro reposo, que, por decirlo así, no sosiegan ellas, mientras no nos ven llenos de turbación. Nada las tranquiliza, porque nada las contenta: su asunto es consumir y desecar el alma con mil inquietudes, disgustos y pesadumbres. No hay edad exenta de ellas. ¿Eres niño? pues las pasiones son los resortes que hacen mover esa pequeña máquina. ¿Eres joven? es la edad en que ellas reinan con mayor vigor y con mayor imperio. ¿Eres hombre maduro? nunca mas fuertes que entonces: es verdad que la re-

flexion modera tal vez los ímpetus y el fuego, pero el veneno, no le extrae. Retiranse las mas afurdidas para ceder el lugar á las mas peligrosas : no son las menos temibles aquellas que hacen menos ruido : una malignidad disimulada y taciturna asegura tanto mas el golpe, y es tanto mas nociva, quanto es menos descubierta : la vejez debilita las fuerzas del cuerpo y del espíritu, mas no las de las pasiones. Esta es una leccion muy importante para tí. ¿Has trabajado mucho hasta ahora en vencer y en domar esos antiguos enemigos tuyos, que se te han hecho domésticos y familiares? ¿de dónde nacen esas miserias, esas aversiones, esas envidias, ese mal humor, esos arrebataamientos, esa ambicion, esa concupiscencia, esa poca devocion y aun poca religion? ¿de dónde esa inquietud, ese desasosiego, esa turbacion y todo lo que tanto te hace gemir interiormente? Tus pasiones te tiranizan : las perdonaste, las lisonjeaste, las consentiste y las acariciaste, y ahora te dan el pago. Trátante como á esclavo, y les seras deudor de tu eterna desdicha. Toma hoy una eficaz y generosa resolucion de sacudir desde luego tan vergonzosa servidumbre; ó ellas te han de perder, ó tú las has de exterminar; para eso tienes en tu mano todos los auxilios necesarios, y estas mismas reflexiones son los mejores fiadores de esta verdad.

2. Ataca desde este mismo punto á tu pasion dominante. ¿Es la codicia ó la avaricia? pues paga hoy mismo á tus criados, satisface á tus oficiales, y además de eso da alguna limosna. ¿Es la inclinacion al juego? propon abstenerte de él en todo un mes. ¿Es el amor al regalo, á la comodidad y á la delicadeza? imponte alguna mortificacion particular, que repitas algunas veces cada semana. ¿Es el mal humor ó la cólera? déjate pudrir antes que descomponerte. ¿Es la envidia y la vanidad? estudia en alabar á todos, y

jamás te descuides en expresion que pueda ceder en alabanza, propia. ¿Es la pasion de la venganza? hoy mismo has de buscar á tu enemigo, le has de perdonar de corazon, y esta victoria te librá de esa esclavitud. Acaso tiene Dios como vinculada tu salvacion á esta generosidad; y desde luego te pronostico que experimentarás el consuelo y la dulsura de una accion tan valerosa.